

La divulgación de los secretos de la tribu: a propósito de *Homo Academicus*¹

Renán Silva²

El aprendiz de brujo que toma el riesgo de interesarse por la brujería y los fetiches de su propia tribu, en lugar de ir a buscar en lejanos trópicos los encantos consoladores de una magia exótica, debe esperar ver desencadenarse contra él la violencia que el ha desencadenado.

Pierre Bourdieu

En el pasado mes de enero se ha cumplido un año de la muerte del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Las celebraciones han sido constantes desde entonces en Francia y en la mayor parte de los países del mundo, dicho esto sin ninguna exageración. Notas de prensa, coloquios universitarios, números de revistas, cursos académicos, antologías de sus obras y nuevas ediciones de algunas de las que ya hace tiempo se encontraban agotadas en el mercado, se han multiplicado por todas partes, como si sólo su muerte hubiera puesto de presente la grandeza intelectual de su obra, sobre la cual, de todas maneras, habrá que esperar el frío dictamen del tiempo.

En un contexto como ese, en donde vuelven a abundar las críticas fáciles y las consagraciones rápidas que el maestro conoció en vida, resulta difícil referirse con un mínimo de objetividad a su obra, o a alguna de sus obras, máxime cuando la merecida consagración tiene todos los visos de convertirse en una superficial canonización que evitará leer con tranquilidad una obra que, como toda gran obra intelectual, resulta un conjunto apretado de logros y de insuficiencias.

La obra sociológica de Bourdieu no se agota, desde luego, en la relación estrecha que establece con la sociedad francesa, su contexto original de producción, el lugar preferido de sus observaciones y ejemplos, el suelo nutricional de los datos empíricos a partir de los cuales se realizó la mayor parte de su construcción teórica. Pero es indudable que su contexto de producción no solamente es un determinante social e intelectual que se concreta en los temas, los problemas y hasta en el estilo del trabajo de Bourdieu, sino que su recepción intelectual por fuera de ese contexto tiende a desnaturalizarla, o como escribía Bourdieu precisamente en *Homo Academicus*, a «desrealizarla».

¹ Reseña del libro de Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1992, 317 páginas. La primera edición de *Homo Academicus* es de 1984. En 1986 Pierre Bourdieu agregó un importante Postfacio que tituló «Vingt ans après» [Veinte años después] y que hace referencia al tiempo transcurrido entre el postfacio y la época en que la investigación de campo había sido realizada.

² Sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales y miembro del Grupo de Investigación sobre Historia, Cultura y Sociedad de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

Esa atención a su contexto de producción, que, posiblemente más que en otros sociólogos, es condición para la asimilación relativamente objetiva de la obra de Bourdieu, se impone como exigencia epistemológica fundamental en el análisis de *Homo Academicus*, el libro que sobre la universidad francesa escribió Bourdieu, teniendo en mente, como lo señala explícitamente, los acontecimientos de Mayo del 68. Ese contexto de producción, como condición esencial de lectura, no se impone solamente, ni principalmente, por la singularidad del modelo universitario francés, cuanto por la pertenencia del autor al propio campo universitario que es sometido al análisis, tal como lo hemos querido indicar en el epígrafe de esta reseña y como lo repite, Bourdieu, a veces de manera machacona, como por ejemplo cuando escribe –actualizando una de las reglas básicas que caracterizó su forma de trabajo–:

El sociólogo que toma por objeto su propio mundo, en lo que tiene de más próximo y familiar, no debe, como lo hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino, si se me permite la expresión, exotizar lo doméstico, por una ruptura de la relación primera de intimidad con modos de vida y de pensamiento que le son tanto más extrañas en tanto más familiares. (p. 289).

Este problema, largamente discutido en el libro –sobre todo en su capítulo inicial y en su Postfacio–, junto con el problema de los modos de reclutamiento universitario, uno de los grandes secretos de la tribu, constituyen posiblemente lo mejor de *Homo Academicus*, no sólo por el papel que cumplen en el análisis del problema considerado, sino por las perspectivas que abren para estudiar fenómenos y acontecimientos similares, lo que constituye, como debe subrayarse, la mejor utilización que puede hacerse de este libro, y de las otras investigaciones de Pierre Bourdieu.

De acuerdo con Bourdieu, y consideradas las cosas desde el punto de vista del profesorado universitario, la gran crisis del sistema universitario francés en los años 60s, debe relacionarse ante todo con la transformación de la forma del reclutamiento –el autor evita explícitamente la expresión «mecanismo de reclutamiento»– de sus docentes, una forma que puede caracterizarse en los siguientes términos: el antiguo modo de reclutamiento era una forma de *cooptación anticipada* por medio de la cual los antiguos miembros de la corporación escogían a sus pares futuros de reemplazo, no elementos subordinados, condenados a una carrera de subalternos, sino verdaderos pares potenciales, susceptibles de ser llamados, algún día, a ocupar el puesto de sus electores.

El modelo suponía, desde el ángulo de los posibles elegidos, la aceptación tácita de los criterios puestos en marcha para asegurar las sucesiones, la decisión de jugar el juego (la *illusio de Bourdieu*) y de someter sus aspiraciones a formas establecidas, aceptando la sumisión a un patrón y a la lógica de las posibilidades objetivas y del número limitado de los posibles competidores y del más reducido

número de los triunfadores, en una carrera que significaba, entre otras cosas, una gran capacidad de *diferir en el tiempo* las esperanzas de éxito y la disposición incorporada de un conjunto de reglas cuya racionalidad jamás se ponía en tela de juicio. Así por ejemplo, de manera sorprendente, Bourdieu mostrará con buenas razones que la extensión de las tesis doctorales (de «antiguo régimen»), y sobre todo el tiempo que tomaba realizarlas (que podría llegar hasta los 15 o 20 años), se encontraban en función no de sus exigencias intrínsecas como trabajo intelectual, sino en función de las esperas necesarias, de una parte para que el turno apareciera (dentro de un mercado restringido al máximo hasta los años sesentas precisamente) y de otra parte para realizar el aprendizaje necesario de sumisión a las normas, a las formas, a los ritos que la futura posición deseada exigía para cada uno de los pretendientes.

De parte de los grandes electores –los dueños del «poder universitario»– la forma de reclutamiento exigía un *gasto constante e importante de tiempo* para mantener en su exacto funcionamiento la forma de reproducción y su poder sobre ella, de tal manera que la asistencia a comités de selección y de puntaje, la participación en una cantidad de «instancias universitarias», regularmente oscuras, grises y sin ningún atractivo desde el punto de vista del trabajo científico efectivo, constituían en realidad una exigencia de dedicación a la vida universitaria y al «odiado trabajo administrativo», sobre la base de las cuales era posible mantener el acceso, el control y el dominio de los lugares y las formas a través de las cuales se aseguraba el sistema de sucesión.

Así pues –muy en la línea de conocidos análisis weberianos– el «poder universitario» será definido como la capacidad de obrar sobre la reproducción del cuerpo universitario y de jugar con las esperanzas de los postulantes, aunque tales esperanzas estuvieran previamente definidas en términos de posibilidades objetivas; y ese poder universitario será obtenido y mantenido a través de la ocupación de un tipo particular de posiciones universitarias que aseguran una autoridad estatutaria, considerada como un atributo de función, más ligado a la posición en la jerarquía universitaria que a las propiedades de una obra científica o intelectual producida previamente.

El modelo de reclutamiento –modelo interiorizado como si se tratara de la única forma posible, como corresponde a toda *forma legítima*, reposando siempre sobre algún tipo de *creencia indiscutida*– permite aclarar no sólo las tomas de posición universitarias de quienes adhieren a él, sino, y esto es notable, las propias tomas de posición y los estilos de cuestionamiento del amplio grupo de los *heréticos* (los Foucault, los Deleuze y desde luego los Bourdieu), siempre en posiciones de inferioridad desde el punto de vista del poder universitario, a pesar de la calidad de su obra y de su renombre intelectual; como también permite comprender las posiciones y reclamos resentidos de todos aquellos a quienes, después de una larga espera, la institución que opera la selección legítima, cerraba las puertas de acceso.

Homo Academicus es, entre otras cosas, un intento de explicación del por qué en los años sesentas ese modelo de reclutamiento fue ampliamente cuestionado, desatando una crisis global del sistema de enseñanza francés –Bourdieu explica también ampliamente cuáles fueron las condiciones que permitieron que una crisis local se transformara en una crisis general del sistema escolar– y del por qué del carácter dominante de las formas desplazadas, ampliamente transfiguradas y volcadas todas sobre lenguajes expresivos, recordando que ese parece ser el curso normal de toda «contestación» política que se desarrolla en el terreno de lo simbólico.

La crisis del modelo –un modelo todavía hoy vigente desde el punto de vista de algunos de sus rasgos, pero funcionando de manera combinada con nuevos rasgos producto de una nueva forma de reclutamiento en trance de imponerse hoy en Francia– no vino desde dentro, y el inicio de su descomposición no fue el producto de un fenómeno «implosivo». La crisis provino, según la plausible explicación ofrecida por Bourdieu, del crecimiento de la propia población universitaria, de los cambios en su composición social, de las transformaciones morfológicas de las facultades, de la modificación de las jerarquías entre los establecimientos universitarios y sobre todo de la aparición de nuevos cargos profesoraes: los profesores asistentes (‘maître assistant’), desde los cuales era imposible llegar a las más altas jerarquías del poder universitario, punto central de la crisis desde el punto de vista de los nuevos docente, quienes romperán con la tradición de las relaciones patrimoniales como forma de lucha por el acceso al poder, para dar ahora curso a sus aspiraciones a través de formas de acción sindical que, de manera a veces caricatural, se expresan a través del viejo modelo de la lucha de clases del siglo XIX.

La crisis del modelo se impone como producto del abismo creado entre las *aspiraciones* –que se piensa que se encuentran estatutariamente aseguradas– y las *posibilidades* de acceso efectivamente aseguradas, lo que produce, en el cuerpo profesoral, y luego en los estudiantes, el cuestionamiento de lo que ahora se ha convertido en el instrumento legítimo de su exclusión, lo que pone en peligro el porvenir de variadas fracciones de clase, que ven en el viejo modo de reproducción cerrado a los nuevos pretendientes, una amenaza para su perpetuación como clase.

Se ha roto pues la vieja «relación anticipada», deseada y temida, pero aceptada; se han roto las viejas formas del avance legítimo. Como escribe Bourdieu: «... la transformación de las normas de reclutamiento ha dejado el campo universitario a merced de los efectos combinados de la antigua ley de la carrera y de la transgresión de esta ley», comentando enseguida de la manera más realista posible la situación que ahora debe enfrentar la institución de enseñanza superior: «... y no se ve de dónde podrían surgir las fuerzas capaces de imponer de manera práctica un nuevo orden en donde el reclutamiento y el avance dependieran sólo de criterios de productividad científica y de eficacia pedagógica». (p. 205).

Por fuera de la exposición comprensiva del modelo en descomposición y del examen de las estrategias diversas de todos los comprometidos por la situación (tanto los defensores como aquellos que asaltaron la vieja fortaleza universitaria, tipificada sobre todo en La Sorbonne), exposición que suponía la construcción del *campo universitario* en Francia y su definición como espacio de posiciones de poder social, cultural y sobre todo institucional, *Homo Academicus* es una larguísima reflexión sobre cómo enfrentar un objeto de investigación cuando este compromete al investigador en el examen de los *secretos de la tribu*, en el examen del propio campo intelectual e institucional del cual el investigador forma parte, y cómo hacerlo sin que el ejercicio constituya ni un ataque ni una defensa, sino la búsqueda irónica y valiente de las constantes que organizan sus propias posiciones y tomas de posición. Dicho en otros términos, cómo resulta posible producir la *objetivación del sujeto objetivante*, ahora que él mismo es el sujeto de la objetivación. Cómo colocar, como un momento del análisis, la propia interrogación sobre la razón reflexiva puesta en marcha en el trabajo de investigación, a través de la discusión sin compasión ni hipocresía de las propias formas de clasificación y análisis puestas en marcha en la investigación. Posiblemente este difícil ejercicio, que se impone como tarea esencial a todo intelectual que investiga el campo intelectual, resulte lo más esclarecedor de este libro y la prueba suprema de que Bourdieu, más allá de los errores o aciertos de su trabajo, fue capaz de entender la sociología como socioanálisis profundo, tal como lo demuestra esta puesta en lenguaje claro de las más ocultas de las pasiones académicas.

La idea corriente, extendida más de lo que se piensa, de que la «objetivación del sujeto objetivante» no es otra cosa que una especie de ejercicio de *introspección trascendental*, encuentra su más precisa corrección en *Homo Academicus*, en donde posiblemente encuentra también su mejor expresión teórica en la obra, cuando Bourdieu nos recuerda que son las operaciones mismas de la investigación, en la medida en que nos obligan a «explicitar y a formalizar los criterios implícitos de la experiencia ordinaria», las únicas herramientas que vuelven posible el control lógico de nuestros supuestos. Ejercicio de ruptura exigente que, al contrario de lo que hacen pensar ciertas páginas del *Oficio de Sociólogo*, escritas o leídas con demasiada rapidez, no se obtiene sino a través de una acumulación lenta y difícil, en la medida en que los propios *instrumentos de análisis* se convierten en *objeto de análisis*, aun en los detalles al parecer más rutinarios de la investigación, como por ejemplo la creación de códigos y la tarea, al parecer secundaria, de codificación, labores que, bajo la mirada reflexiva del sociólogo, deben ser parte esencial de la construcción del objeto. Se trata pues, hasta en los «menores detalles» –por ejemplo la construcción estadística–, de tomar en cuenta las propias condiciones históricas, sociales e institucionales de nuestro trabajo, única manera de acercarnos al conocimiento del origen y funcionamiento de nuestras propias inclinaciones.

Pero el socioanálisis, que busca las *disposiciones incorporadas* del investigador en su propia posición en un campo determinado (campo que condiciona también

sus elecciones políticas y científicas), nada tiene que ver con un ejercicio de complacencia narcisista –como aquellos tan frecuentes hoy en día la antropología universitaria de los Estados Unidos y en la historiografía francesa dedicada a la «ego-historia»–; es por el contrario un importante instrumento en el esfuerzo de toma de distancia frente a un mundo al que, como en el caso del sistema educativo, nos liga la complicidad inherente a nuestra pertenencia al campo y a nuestra participación en su juego. De ahí también, como una de sus consecuencias, que el examen objetivo del mundo universitario y de sus luchas nada tenga que ver con la puesta en cuestión nihilista de la ciencia –como lo hacen los analistas llamados postmodernos, escribe Bourdieu–, intento de restitución del más viejo irracionalismo, disfrazado, en el caso de las ciencias sociales, de denuncia del «positivismo» y del «cientificismo».

La objeción es, desde luego, la de siempre: ¿la introducción de los determinantes sociales, «de posición», que comprometen tanto al investigador como a los resultados de su trabajo, no nos llevan de nuevo al círculo sin salida del historicismo y del sociologismo, y por lo tanto al relativismo postmoderno acerca de la existencia de la «verdad objetiva»? Bourdieu mismo es quien plantea la pregunta, y su respuesta indica que no, pues el carácter relativo de verdad no quiere decir ausencia completa de objetividad ni tampoco reducción de los productos del trabajo de la ciencia al mundo de las simples opiniones de estatuto común con el llamado «punto de vista indígena». Las ciencias existen, como existen, de manera práctica en la investigación, los esfuerzos parciales de objetivación por la vía de la ciencia, un tipo particular de conocimiento y una forma particular de apropiación del mundo, producto no de un imposible punto de vista *superior y exterior sobre el mundo*, sino de la voluntad probada de poner en marcha mecanismos que nos ayuden a tomar distancia del punto de vista de los agentes directamente comprometidos en el juego social, pero que nos liberen al mismo tiempo de la tonta ilusión de un punto de vista absoluto –el punto de vista del supuesto observador divino– y nos recuerden que la aspiración y el proyecto de la *investigación científica práctica* –incluso mucho más que la de la «Ciencia», con «C» mayúscula, una instancia imaginaria concebida como potencia única de verdad y del único tipo de verdad posible– son simplemente los de la totalización más sistemática que pueda ser lograda de un conjunto de relaciones que muestran la organización, genealogía y posibles vías de transformación de un objeto determinado.

Homo Academicus, pequeño tratado de las pasiones académicas, combinación equilibrada de perspectivas objetivas –la determinación de un conjunto de posiciones establecidas, construidas como conjunto finito de propiedades pertinentes, instituidas por hipótesis en variables eficaces, cuyas variaciones están asociadas a las variaciones del fenómeno observado– y de perspectivas subjetivas –el conjunto de tomas de posición de un conjunto de individuos tratados como individuos epistémicos y no como individuos empíricos, individuos caracterizados ellos mismos por la posesión en grados diversos de esas propiedades–, se cierra

con un amplio Apéndice en el que Pierre Bourdieu presenta y comenta de manera detallada las fuentes empíricas sobre las cuales ha construido sus análisis. Este Apéndice, parte esencial del libro, y no agregado de referencias incluido para ampliar la extensión del libro, nos recuerda el carácter indisolublemente teórico y empírico del trabajo del gran sociólogo francés. Pero es necesario recordar qué concepción de la teoría y del trabajo empírico –y de sus relaciones– es la que caracteriza la obra de Bourdieu, y no solamente este libro, para que esa parte esencial de la novedad de su trabajo no se pase por alto y sea reinterpretada bajo modalidades empiristas o teoricistas, como ha ocurrido de manera frecuente. Cerremos esta reseña con este punto, citando las propias palabras de Pierre Bourdieu al respecto:

Todas estas cuestiones que se podrían llamar teóricas, deben ser pensadas como cuestiones históricas, lo que supone un trabajo por neutralizar los efectos de la división socialmente instituida entre la simple descripción que, como lo hace notar Hegel en el Prefacio de la *Fenomenología del Espíritu*, se acomoda mal a la ‘interrupción por el concepto’, y la pura «racionalización», que tampoco soporta la irrupción de la realidad efectiva. Pero no se puede poner en cuestión los principios tradicionales de la visión y división del trabajo científico sin correr el riesgo de que los productos de este esfuerzo de ruptura permanezcan incomprendidos o pasen desapercibidos, sin exponerse a parecer faltar a su vez tanto a las exigencias de la teoría como a las exigencias del trabajo empírico y exponerse a ver las adquisiciones más seguras de la investigación pasar desapercibidas para aquellos que no saben reconocer las cuestiones teóricas más que cuando ellas dan lugar a disertaciones... [pp. 212-213].